

RELATOS GANADORES CONCURSO JULIO VERNE

Irene Moreno Jara (GANADORA)

EL TROGLODITA. Créeme si te digo que este es un cuento real. Narra la historia de un hombre moderno que acabó viviendo en una cueva natural. Como las deudas lo oprimían, un buen día decidió huir. Dejó su orgullo desparramado por el suelo y al último rincón del mundo se fue a vivir. Pronto, en un acantilado, encontró su nuevo hogar: una cueva fría y oscura en la que nada tenía que pagar. Del océano Atlántico hizo su váter y su ducha. No existía jabón en la tierra que limpiara las heridas de su lucha. Los vecinos de la zona lo consideraban un mendigo, pero él no necesitaba nada, ni tan siquiera un amigo. Ahora, en su nueva vida, era libre como el mar: ni esposa ni facturas ni jefe. Tampoco móviles con whatsapp. Pero un buen día, algo inesperado ocurrió. Un mensaje en una botella en la puerta de su cueva encalló. ¡Qué mala suerte, qué gran desilusión!, comprobar que hasta en el último rincón del mundo el banco te desahució.

José Eugenio Prados Sánchez

EL VIOLINISTA. La gente odiaba cómo tocaba pero yo no podía dejar de escucharlo. Cada tarde se colocaba en el mismo sitio, y yo, desde una cafetería cercana, lo veía rasgar su violín con nulo éxito. Era difícil saber de dónde había salido aquel hombre. Podía tratarse de un músico en paro al que se le había olvidado cómo tocar o de un simple oficinista que estaba aprendiendo a hacerlo, donde a la desafinada música le acompañaba un extraño comportamiento. Al concluir cada tema, se inclinaba y daba las gracias a un público invisible. Estrechaba manos y agradecía cumplidos que solo él podía oír, mientras se atusaba su camisa como si portara el más elegante de los trajes. No cabía duda: aquel hombre estaba loco. Tomé unas monedas y fui hacia él. Sin mirarme, pero como si me conociese, hizo un gesto para que me acercara. Acepté, y antes de darme cuenta, todo lo que había a mi alrededor desapareció. No sé cuánto duró aquella experiencia. Solo puedo asegurar que no estaba en la calle, sino en un salón de baile lleno de gente ataviada de gala que bailaba al son de la música más perfecta que jamás he escuchado. El violinista tocaba en esa realidad y regalaba sus notas al único público que las apreciaba. «Es el favorito del zar», oí. Asustado, salí corriendo y la ensoñación se evaporó. Intenté convencerme de que todo había sido un truco y abrí la mano donde todavía llevaba las monedas que había pensado darle. Una gota de sudor recorrió mi frente. Los euros habían desaparecido, y en su lugar había un puñado de kopeks rusos. Leí el año inscrito en ellos: mil ochocientos siete. Y empecé a temblar. Desde entonces, evito cruzarme con el violinista. Si es que aún sigue aquí.

Marc Rodríguez Vera

Es lógico, piensa. El mundo es muy grande y las ciudades demasiado pequeñas. La culpa es del mar. Si la superficie terrestre ocupara lo mismo que la acuosa probablemente no habría crisis y ahora él tendría un trabajo acorde con sus capacidades. La gente emigra constantemente en todas direcciones: Alemania, Suiza, Estados Unidos, Australia, Reino Unido, Canadá. Siempre

tierra bajo los pies. Remueve el café aguado y desvía la mirada hacia la pantalla de Mac. Dedicar unos segundos a pensar si prefiere solicitar trabajo para el puesto en la sección de congelados o como peón de almacén. La decisión no es sencilla: la primera opción le hiela la sangre; la otra, le destroza los nervios. Y aun así quizá tenga, como mucho, un 0'08% de posibilidades de conseguir el puesto. Mientras lo piensa, sopesa la opción de emigrar, también. Pero no a Londres o a Berlín, no. Él va más allá y apunta a lo grande: quisiera poner rumbo al Océano. Hace ya tiempo que sueña con ello. Por dimensiones y despoblación, piensa, seguramente sea ése el destino con mayores posibilidades actualmente. Ahora mismo no le viene a la cabeza nada que él pudiera hacer allí para labrarse un futuro digno y real, pero eso no le preocupa en absoluto. Porque si algo tiene de sobras el Océano es horizonte que, en su opinión, es algo fundamental para la supervivencia de la especie y el desarrollo de cualquier sociedad fuerte. Desafortunadamente, hace ya tiempo que éste no se vislumbra con facilidad desde tierra firme; en la ciudad siempre acaba por haber algo que rompe la tranquilidad de este ente plano y geométrico. Sin embargo, en alta mar las opciones son infinitas. Porque el horizonte, como línea que es, alberga en sí mismo una sucesión continua e indefinida de puntos en una sola dimensión. Es decir, no posee principio ni fin.

Ricardo Alberto Linares Martagón

2169. El sol era más brillante y caluroso, los árboles más escasos, el agua insuficiente, y la deshidratación la causa del mayor número de muertes en ese año. Era el año 2169. Afortunadamente—para algunos—ese mismo año, científicos soviéticos descubrieron la existencia del agua en Júpiter. El día en que se dio a conocer la noticia a nivel mundial, las celebraciones en todos los rincones del mundo no se hicieron esperar. La gente se desbordó sobre las calles para celebrar lo que entonces parecía como la salvación. La esperanza estaba por los cielos, la alegría se hacía presente en forma de risas, gritos, cánticos e incluso lágrimas; tristemente no faltaron esos idiotas inconscientes—por la euforia del momento, quizás—que se tiraban entre sí cubos o globos llenos de agua, como si de ésta hubiera de sobra. No obstante el júbilo, había dos variables más en consideración que complicaban la pronta adquisición de tan preciado elemento. La primera era el excesivo tiempo que tomaba en llegar a Júpiter y regresar (dos años), y la segunda era la imposible forma de transportar suficiente agua para todos. Por lo consiguiente, y después de 12 meses de exhaustivas pruebas, análisis y cálculos, se llegó a la inminente conclusión de que lo más asequible era que todos los habitantes de la Tierra, fueran trasladados a Júpiter. Fue así como en el año 2170 el primer numeroso grupo de terrestres llegó a vivir al quinto planeta. Hoy, 25 de septiembre del 2199, 30 años después del descubrimiento, siendo las 10:16 de la noche y conectado a una máquina hidratante; yo y aproximadamente 100 millones de personas más, que por las mismas causas (dinero, raza, religión, etc.) siempre hemos sido menospreciados, seguimos esperando que sea nuestro turno de mudarnos al maravilloso y acuoso Júpiter.

Edmundo Romero Guedes

A pesar de sus casi dos metros de altura Alex Koon decidió, alterando la sobria percepción, convertirse en un enano de circo. Desde hacía tres días la carpa brillante del Doctor Squira

sometía con su afónica luz la flácida vida de la ciudad, y el triste trotar de los elefantes amamantaba la curiosidad tras las rejas. Se necesitan enanos para el circo, rezaba el cartel decolorado por las garras romas del tiempo. Alex Koon, sin pensárselo, reunió sobre su mesa El libro de las muecas, La historia del aburrimiento, Los pecados tristes y Julio, el emperador de los abismos, libros que le habían hecho sufrir y que por ello debería visitar como quien visita la tumba de un país o de un abuelo si quería arrostrar la fiera incertidumbre de la risa. Fuera, los zeppelines y los monstruos tiritaban al paso de los niños. Mientras, la música que acompañaba aquella ceremonia de invención y naufragio iba devorando lentamente las piernas de Alex Koon. Cuando desplegó el último mapa de Julio, el que le había servido para ocultarse del mundo, y apagó la luz, sintió desmoronarse sobre sí mismo, como una catedral sin dioses, y se palpó su estatura. Seguía la circunspecta tournée del Doctor Squira por los impasibles pueblos de la comarca, adivinando muecas, secando el tedio, en tardes que se amurallaban tras las infinitas piernas del enano.

Marcos Pérez Barreiro

La tienda. En una lluviosa tarde del invierno de mil novecientos setenta y nueve, me detuve delante de un escaparate de una tienda de antigüedades. La bruma en mis ojos, únicamente me permitía discernir formas sin contenido. Parte de los dedos de una de mis manos, ahuyentados por el deseo de lo desconocido, dibujaron en el cristal un extraño trazo. Nada de lo que se ubicaba en el interior de dicho establecimiento, guardaba alguna posible relación con él. Pero, incluso así, la extrañeza del gesto encaminó mi andar hacia la puerta, en la cual, pude adivinar unos valiosos retazos por descubrir. Una vez dentro, de soslayo, busqué la infiel diferencia que me había impulsado a penetrar en lo desconocido. No la encontré. Emprendiendo el camino sobre mis ya antiguos pasos, éstos fueron detenidos por una mirada inquisidora. Deseando esquivarla, simulé buscar en el exterior una lluvia que había cesado en su continuo caer. Fallido en el intento, decidí fingir cierto interés por algunos objetos que desprendían una ignorancia absoluta hacia mí. La inquietud de ese momento, me obligó a cobijarme en el tiempo. Tramposo como siempre, éste hizo caso omiso de mis suplicas. Su lentitud era palpable. Tanto, que me llegué a preguntar si se había detenido. Equivocado en mis pensamientos, éstos me insinuaron un atisbo de desdén hacia la marca que había dejado con anterioridad, impresa en el vidrio que ejercía de muro disyuntivo entre dos mundos. Su feliz descubrimiento, fue la raíz inmediata para conocer la verdadera realidad de un hecho. De joven, siempre se me dio muy mal eso de la evidencia. No había dibujado nada. Sencillamente, había acariciado lo que llevaba semanas queriendo poseer. Una gota de agua fría como el cristal.

José Ibarra Bastida

NOMBRES DE MUJER. El viejo abuelo Manuel estaba perdiendo la cabeza desde el invierno en el que cumplió los ochenta y cinco años de edad. Demencia senil, dijo un médico; alzheimer, confirmó el neurólogo. El caso es que el hombre, que ya casi ni hablaba, ponía empeño en los ejercicios de memoria que le mandaban los médicos además de las pastillas. Llevaba días recitando, él solo, muy agitado, nombres y nombres antiguos de mujer. - Basilia, Vicenta,

Casilda, Luisita, Clotilde. - Pero, abuelo, ¿qué dices?, le contestó el nieto. - Esmeralda, Salvadora, Angelita, Eloísa, Inglesa. - Nene, que no se entere la abuela, que ya está el abuelo con el toletole de las mujeres-terció la hija. Resulta que ahora, a la vejez, nos hemos enterado que mi padre igual era un mujeriego. Lo hemos descubierto con el alzheimer ese que tiene, porque no se acuerda de nada pero no para con la retahíla de los nombres de mujeres. La abuela se pone peor cada vez que le oye. Se piensa que son los nombres de las fulanas de un burdel de La Unión. Porque a algunas, ella las conocía. En los pueblos se sabe todo. Y más aquí, en la sierra minera. El abuelo volvió a la carga. Algunos nombres salían de corrido; otros, no, porque balbuceaba: - Soledad, Buena Esperanza... Eleuteria, Mejicana, Gertrudis. Al nieto le sorprendían algunos nombres. ¿Quién le pondría a una hija "Buena Esperanza", o, peor aún, "Robustiana"? Quizá eran nombres de guerra de aquellas pobres mujeres. - Pero, ¿estáis seguros de que son mujeres... suyas?, dudaba el adolescente. ¿Sus hembras, como él decía? - Dice la abuela que sí, que el abuelo de joven era muy golfo. Salía de las minas y se iba a las tabernas que había por Portman, y vete tú a saber qué hacía allí. Circulaba el dinero y había fulanas por todos sitios. Aquellos hombres... ya se sabe. - Rafaela, Joaquina, Pepita, Constancia- el abuelo carraspeaba antes de proseguir- Sultana, Claudia, Jacinta. - Abuelo, para un poco, por lo que más quieras. Nene, llama a tu hermana, que vamos a comer. Entró al comedor la otra nieta, que tendría unos veinticinco años y estaba preparándose un doctorado en Historia. Mientras servían los platos, el abuelo continuaba con la cantinela de los nombres. - Pero, ¿qué pasa, mamá? - Nada, que tu abuelo me lleva loca, está toda la mañana diciendo nombres de pelanduscas, y cuando entre la abuela se va a formar un follón gordo, que ella siempre ha sido muy celosa. - Casilda, Emerenciana, Victoria, Valerosa, La Tercera, Proserpina. - ¿Ves? Algunos son nombres raros y antiguos, qué mujeres tan extrañas. Y cuando la nieta historiadora oyó Brunita, se acordó de aquella huelga del 62 en Cartagena sobre la que estaba investigando y en la que salía aquel nombre, se rio y le dijo a toda la familia: - Pero qué equivocados estáis. El abuelo no era mujeriego. Son nombres de minas, ¿o es que no sabéis que hace cien años en La Unión casi todas las minas tenían nombre de mujer?

José Ignacio Muñoz Moratilla

Nunca olvidaré la transparencia opaca de las gotas de lluvia que resbalaban por el rostro aún caliente del cadáver, el primero que veía en mi vida. Luego la sangre, y la mirada extraviada saliendo de las órbitas, pero yo me concentré en las gotas, quizás por miedo de ver todo lo demás, como buscando un refugio mental donde esconderme. Me rodearon. Eran cientos. Miles. No sabía que fueran tantos. Yo había visto cinco o seis, había supuesto que serían quince, veinte como mucho. Se me acercaron lentamente. Mirándome. Oliéndome. Luego tocándome tímidamente. Sus movimientos, sus gestos, no eran agresivos aunque todo lo que constituía aquella situación era extremadamente violento, empezando por el cadáver, que yacía en el suelo con la garganta abierta como una flor salvaje, y terminando por las manos pegajosas que me palpaban todo el cuerpo, cada vez con más ímpetu, con más impaciente curiosidad. Es lo que vi en aquellos miles de pares de ojos indescritibles: curiosidad. Ávida curiosidad. Una avidez sólo al alcance de quienes son presas del hambre, la sed o la lujuria. El miedo había sucedido al estupor, y casi sin tregua, antes de que tuviera tiempo de temer por mi vida o caer en la vana estupidez de gritar, vino la lucidez, una corriente eléctrica que erizó cada cabello de mi piel mientras mil pares de manos me arrancaban las ropas y recorrían todo

mi cuerpo con febril desenfreno. Por primera vez percibí con claridad que eran pequeños, más pequeños que yo. Y sin llegar a comprenderlo exactamente con palabras, más bien como una intuición escurridiza que no terminamos de descifrar completamente, supe que ellos me veían grande, fuerte, poderoso. Levanté los brazos bruscamente y todos detuvieron el frenesí de sus manos. Grité que se apartaran y aunque no entendían mi lengua, el tono de mi voz o el brillo de mis ojos les empujó un paso atrás. Sonreí triunfal. Los miré con atención. Uno a uno. Ya sin miedo, victorioso al fin. Yo los había descubierto. Y ahora eran míos.

Francisco José Carmona

CAMINO AL INFIERNO. Era medianoche. El termómetro del coche marcaba 35 grados. El aire acondicionado se había estropeado unos kilómetros antes. Creía haberse equivocado de ruta, pues los parajes que rodeaban aquella solitaria carretera no le eran muy familiares. Descendía desde hacía varios minutos. Levantó el pie del acelerador, pero el coche iba cada vez más rápido. Además el freno no respondía. El calor se hacía más sofocante. Más asfixiante. Mientras con una mano agarraba el volante, con la otra se intentaba desanudar la corbata. Se ahogaba. Entonces volvió a mirar el termómetro del coche que marcaba... una cifra imposible. En ese momento el vehículo se detuvo completamente. Asustado levantó lentamente la mirada y ante él se hallaba una enorme puerta. A su lado, en un cartel, había escrita una frase en varios idiomas que decía: "Bienvenido al infierno"...

José Francisco Cortés Ramos

Rugía la bestia. El sonido era tan aterrador como majestuoso. Acorde a su tamaño, desde luego. Sentado en aquel mullido \"suelo\", húmedo y en constante movimiento, Willy pensaba en las opciones que le quedaban para escapar con el pellejo intacto. Afortunadamente, la bestia era tan grande, que apenas había notado nada cuando se había tragado a nuestro amigo. El plan parecía perfecto. Disfrutar de cócteles recién preparados, tumbado en la blanca arena caribeña, refrescándose de vez en cuando entre los corales y peces del arrecife. Sin embargo, el enorme monstruo emergió del mar aquella mañana, llevándose consigo todo lo que encontró a su paso, Willy, gafas, aletas y snorkel de buceo incluidos. Como en una atracción de parque acuático, William fue arrastrado por una enorme catarata de agua hasta las entrañas de aquel Leviatán prehistórico, sumergiéndose con estrépito en aquel líquido de incierta naturaleza. Visto con ojos curiosos, y haciendo un gran esfuerzo por obviar el nauseabundo olor que lo invadía todo...el lugar era precioso. Una suerte de organismos bioluminiscentes parasitaban el enorme estómago de aquel ser jurásico, haciendo que una fluorescente luz azul bañara todo allí dentro. Willy descansaba en una pequeña porción de \"suelo\" orgánico rodeada de jugos gástricos y agua marina. No dejaba de imaginar cuál sería su terrible final, si no lograba salir de allí evitando el natural proceso de digestión del mastodonte marino. Miró hacia las alturas, buscando algún orificio similar al espiráculo de los cetáceos...y recordó que el estómago de los mamíferos no está conectado con el sistema respiratorio. Ya desesperaba cuando un terrible temblor sacudió el interior de aquella caverna infernal. Una mano se posó en su hombro. Una simpática azafata le despertó, indicándole que

su vuelo había aterrizado. Sobre su regazo, 20.000 Leguas de Viaje submarino. No volvería a leer nada de aquel Julio Verne durante un tiempo...

Manuel Saenz de Heredia

El plagiario De no ser por su exagerada discreción, habría sido un gran escritor. No obstante, cada vez que se disponía a relatar una historia –algo que le había sucedido a alguien- le abrumaba la idea de que aquello no le pertenecía y de que no tenía derecho a transmitirlo. Lo intentó todo, probó todos los géneros, del relato lineal al salto al pasado, del monólogo interior a la expresión subjetiva, y tantas otras cosas, pero nada logró liberarle de aquel fantasma. Cuanto escribía terminaba desechado en la papelera. Un día, al apercibirse de que en definitiva lo que a él le paralizaba era precisamente lo que constituía el alimento de otros novelistas, dio con la solución. Se dijo que era lícito robar a los ladrones, y desde entonces compuso cada una de sus obras, cada uno de sus argumentos, cada una de sus imágenes, rebuscándolos en la obra de otro. Jamás se permitió poner sobre papel algo que le hubiera acontecido o que hubiera imaginado por sí mismo. En un proceso de investigación que le ocupaba día y noche, trabajó tanto el trabajo de otros y lo disfrazó tan a conciencia que a veces a él mismo le costaba creer que todo cuanto salía de su pluma era producto de un hurto. Destiló en sus obras, mezclándolos hasta hacerlos irreconocibles, metáforas e imágenes, aventuras y anécdotas, clásicos y modernos, tragedia y melodrama, la acción y la pasión que encontró expresados en siglos, países, culturas e idiomas distintos, y el resultado fue tan rico, complejo y abundante que sus contemporáneos quedaron prendados de su obra. En su obituario, el crítico literario más prestigioso de su tiempo, confundido por una búsqueda estéril de orígenes e influencias que facilitara su trabajo, declaró que sin género de dudas había sido el escritor más original de su generación.

Miguel Rodríguez Armentia

Tuve que volver a ordenar cuidadosamente los libros de su estantería, no quería que pareciera un accidente. Busque un cuchillo grande en la cocina y, no sin dificultad, lo clavé varias veces en el cuerpo de mi amigo. Me llevé todos los libros que creía que podían relacionarme con él y me volví a casa, a esperar. El juego inicial no duró muchos días. Llegaron más pronto de lo que esperaba y no tardaron en echar la puerta abajo. Me esposaron y me llevaron al calabozo. En el juicio, se empeñaron en saber por qué había apuñalado el cadáver. No sé cómo se dieron cuenta de que yo no lo maté, pero lo hicieron. ¿Cómo decirles que estaba cansado del trabajo, de mi vida de fracasado con mi mujer, que mi mejor amigo estaba muerto y que vi la oportunidad perfecta para vivir cómodamente? En la cárcel se puede estudiar una carrera, no hay que preocuparse por pagar una hipoteca ni por qué se va a comer al día siguiente. Hay talleres, bibliotecas, gimnasios y compañía nunca falta. Fuera todo esto es muy difícil de conseguir e imposible de mantener. Sin embargo, lo único que alcancé a decir fue: \"a mí lo que me gusta es leer y que me dejen en paz\".

Alberto Martín-Aragón Álvarez

HACÍA demasiado calor, el sol me miraba con desprecio, las nubes delgadas no deseaban protegerme de la hiriente claridad, así que decidí refugiarme en el cine de mi infancia, el único cine que seguía abierto en el pueblo y que, por razones que desconozco y que siempre desconoceré, proyectaba la misma película desde hacía décadas. Yo había dejado mi pueblo a los veinte años y había retornado a él a los cincuenta porque deseaba envejecer junto a las ruinas de mi infancia. Me senté en una butaca de la tercera fila y estuve hablando conmigo mismo alrededor de cinco minutos mientras desfilaban por la pantalla algunos anuncios de restaurantes y de tiendas. Reparé en que no había nadie más en la sala, pero no me sorprendió. Desde hacía tiempo yo era la única persona que frecuentaba aquel cine cadavérico. Y entonces se apagaron todas las luces. Y del suelo empezó a emanar un olor a tierra. Me quedé de pronto petrificado al ver en la pantalla no la película de siempre, sino una habitación de paredes color ratón en cuyo centro se erguía la mujer que me había enseñado a hablar. La mujer permanecía en silencio y me miraba sonriente y cariñosa como una bruja de cuento que pretendiera engatusar a unos niños extraviados en un bosque. ¿Qué hacía allí mi madre? Le pregunté si se encontraba bien y ella asintió. Durante una hora (o quizá un día) estuvimos intercambiando miradas de ternura y de tristeza. Cuando abandoné el cine, era de noche y el pueblo había desaparecido. Ante mí se extendía un desierto golpeado por la respiración de una luna arrogante. Me puse a caminar sin un rumbo concreto. Todavía sigo caminando. A veces tengo la impresión de que una audiencia invisible me observa con burla y lástima.

Javier González Varela

LA MAR DEL FIN DEL MUNDO. Lo primero que buscas cuando entras a trabajar en un pesquero es el bote salvavidas. Esperas no tenerlo que utilizar jamás y esperas verlo ahí todos los días. Vázquez se preguntaba si la baliza daba bien la señal. Se encendía pero los buques de guerra de la zona no aparecían después de un día a la deriva. Oteaba con insistencia el horizonte deseando encontrar una nave aliada y deseando no volver a ver la especie de cayuco que les habían abordado hace tres días. El jefe de los piratas no había quedado contento al escapar del pesquero. Los cuerpos de Felipe y Moriz quedaron destrozados a machetazos por los somalíes, recordaba la sangre de piratas y compañeros resbalando por la borda de estribor mientras el bote se alejaba. Río de rojo sobre verde. Cedeira queda tan lejos, desde allí el mar de árboles parece que quiere entrar en la ría, abrazar la mar azul, no el rojo. No, azul. Verde y azul. Y blanco cuando la mar choca contra las rocas. Nunca un rojo oscuro extendiéndose sobre el agua. Hay comida suficiente para cuatro días y bebida para dos. Antes de que se abordaran los piratas, la fragata estadounidense John Davis había respondido. Estaba cerca. "Near" era cerca, lo recordaba de sus clases de inglés. La profesora Ana intentándonos enseñar ese idioma que nadie queríamos saber, desde el aula se veía el muelle, los barcos se balanceaban suaves o rápidos según hubiese o no marejada. El graznar de las gaviotas sonaba más atractivo que el inglés. "Near". ¿Cómo le llamaban al jefe de los piratas somalíes? Kronque, o Kronge, una bestia, delgado y con unos ojos que se le salían de la cara cuando mataba a alguien. Al capitán Lafayette al abordarnos; lo mató con la ametralladora, disparando una y otra vez mientras reía. A Riegal le cortó la garganta con el machete, mirándonos mientras se

agrandaban los ojos y la sangre salpicaba los instrumentos. Un ruido, un motor. Levanta la vista un cayuco, unos ojos de sangre. Baja la vista. Lágrimas de sangre.

Mercedes Sáenz Blasco

¿TOCAPELOTAS? La clase sobre Julio Verne llegaba a su fin. Encandilados con la genialidad de aquel visionario, la mayoría de nosotros aún recorría mentalmente los recovecos del centro de la tierra o divagaba sobre los motivos que llevaron a su sobrino a dispararle en la pierna cuando la voz de Gabriel surgió del fondo del auditorio.—Hay algo que no comprendo. Gabriel se había ganado a pulso su fama de misógino. Hablaba poco y se le veía menos por las aulas, pero aprovechaba esas ocasiones para desafiar al profesor de turno con ocurrencias de lo más disparatado. El magíster solía acogerlas con aire escéptico. Nosotros con sorna. «Ya salió el tocapelotas de siempre», fue el sentir general. «Veamos qué estupidez se le ocurre ahora».— Que un hombre tan adelantado a su tiempo, capaz de concebir inventos como el cohete espacial, el avión, el submarino e incluso la electricidad, desapareciera de la faz de la tierra como un simple mortal. ¿No baraja la posibilidad de que ideara también el elixir de la vida eterna? ¿O la forma de reencarnarse en otro genio? Hubo una carcajada mayúscula. Silbidos. Abucheos. El profesor los atajó categórico.—Tiene usted una imaginación desbordante, sin duda, pero hay cosas imposibles hasta para la mente humana más genial. Lo que propone sólo podría llevarlo a cabo un Dios. Gabriel contuvo una sonrisa pero no pudo evitar que sus pupilas se iluminaran con la certidumbre del éxito. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando lo vi abandonar el auditorio, cojeando, y enfundado en una camiseta en la que podía leerse: Todo lo que fui capaz de imaginar...

Víctor Millán Galindo

UN COHETE SOBRE EL SYRDARYA Diez, nueve... -Ruido atronador de turbinas, calor infernal. Parece que el chico está tranquilo, es joven, solo le han dejado subir un objeto y ha elegido un libro, sabia decisión. No llego a verlo completo, pero la contraportada reza "A partir de ahora no viajaré más que en sueños" Ocho, siete... -Sucesión de instrucciones, el astronauta responde como un autómatas a todas ellas, como un mecanismo de acción-reacción practicado durante meses. Seis, cinco, cuatro... -Ritmo cardiaco ciento cuarenta, presión sanguínea ciento veinticinco, temperatura ambiente 42º en interior, 20º exterior, nubosidad leve. Tres, dos, uno... -Repaso de las últimas recomendaciones, cuello erguido, respiración pausada, espalda recta y tensa. ¡Despegamos! Camina hacia la historia. Udachi Yuri, es la última comunicación recibida. ¿No me reconoces? Soy el espíritu que empuja al aventurero a jugárselo todo por una idea tan debatible como el progreso. O quizás por algo tan abstracto como la ciencia. He anidado en el que quiso ir más lejos, también en el que quiso sumergirse más profundo y en el que quiso volar más alto. Para mí, el término imposible solo significa que existe alguien intentando realizarlo. De cualquier modo, ahora solo soy una bola de fuego que inexorable se dirige hacia el océano. Las llamas ya rozan las páginas elegidas por mi hombre. Seguramente, hoy solo haya acompañado a un héroe en un escalón tan cruel como necesario, porque como otro gran viajero escribió "El que resiste gana" y siempre existe quien resista.

Gonzalo Pleite Rodríguez

- ¡Despierta, despierta!. Aquella palabra repetida dos veces, hizo que saltara automáticamente de su litera sin apenas tiempo para abrir los ojos. -¿Qué ocurre?- exclamó segundos después. - He visto un barco a lo lejos-respondió la niña-creo que nos han visto. Martins era un hombre curtido en la mar, por la cual llevaba navegando desde los siete años, edad, con la que comenzó limpiando la cubierta del navío de su abuelo. Pero a pesar de su dilatada experiencia en asuntos marítimos, no pudo evitar que una epidemia a bordo de su propio barco, arrasase con toda su tripulación, solo sobreviviendo de momento a ella, su querida hija y él, navegando al paio, y contagiados ambos de aquella enfermedad que los iba consumiendo. Martins, sin apenas fuerza en sus ya delgados brazos, realizaba aspavientos para lograr ser vistos. Aquel barco que vislumbraron, se les aproximaba cada vez más, y todo apuntaba a que conseguirían ser rescatados; algo, que para su desgracia, estaba muy lejos de la realidad. Una vez aquel buque se encontraba lo suficientemente cerca, Martins se arrastró hasta lograr acceder a su cubierta, en la que pudo observar más de una decena de cadáveres consumiéndose a su alrededor, y envolviendo la atmósfera de un hedor que lo hizo vomitar en el acto. En el mástil central había una hoja amarillenta y muy arrugada, clavada con un cuchillo de hoja oxidada, donde se leía: \"Agonizada, repugnantes hijos de la crueldad\". Al instante de leerla, echó la vista atrás, mirando a su única y adorada hija por última vez, antes de desplomarse, sumándose a convertirse en un cuerpo sin vida más de aquella lúgubre cubierta. Treinta años más tarde de lo hasta ahora relatado, la hija de Martins, única superviviente de aquel naufragio, gracias a su rescate por parte de un pequeño barco pesquero que inesperadamente dio con ella, ha escrito un libro biográfico sobre su padre de título extenso: \" Las Atrocidades del Temible Pirata Peter Martins, y la Maldición que lo Exterminó\"

Luis Rodríguez Rivera

La venganza de Conrad. Tras enterrar a su familia, muerta en el pavoroso incendio del día de navidad, Conrad paseó su luto por las ruinas humeantes durante horas. Antes de que los gallos terminaran de hilar la aurora, cargó su revólver y regresó a la cueva a la que había jurado no volver jamás. La dueña del juramento había muerto y Conrad dio por liberada su palabra de la misma forma que dio por concluida su breve reconciliación con el Dios de ella. Malas hierbas habían cubierto el sendero que ascendía por la ladera de la montaña, pero sus pies todavía guardaban la memoria de aquellos tiempos imborrables. La mañana traía una luz emparentada con la lluvia que iba dejando una baba mortecina sobre la superficie del valle. Conrad se detuvo a contemplar el lugar donde había sido feliz. Un hálito negro y vertical denunciaba los estragos del fuego, más allá de lo que habían sido sus dominios una lengua líquida y expansiva del color del plomo se alejaba hacia el inconcebible mar. Conrad lo miraba todo a modo de despedida, resentido por haber amado alguna vez aquella tierra ingrata. La máquina seguía allí, intacta, fantasmal bajo una sábana blanca colmada por el polvo de los lustros y los excrementos que los murciélagos había depositado con una secreta vocación de olvido. Conrad la desveló utilizando el celo de un amante cuidadoso y se sentó a los mandos. El frío ruin de la palanca le recordó antiguos viajes de los que, a pesar del peligro, siempre había salido bien parado. Una sonrisa de vencido arañó el acero del cuadro de mandos, sin duda hubiera preferido mil veces morir en cualquiera de aquellas aventuras antes de tener que oler la carne quemada de los suyos. Conrad cercioró el revólver en el bolsillo de la americana y

accionó la palanca de la máquina. Su decisión era firme, inquebrantable, de una pureza irracional y grandiosa: viajaría hasta el principio de los tiempos y mataría al inventor del fuego.

Sandra Fernández Jurado

MUNDO SUBTERRÁNEO. Paseaba por la ciudad, dejando rastros de monotonía. Se le quedaba pequeña. Conocía todos sus rincones. Todos los edificios eran de color gris, y las calles, iguales de angostas y torcidas. Ansiaba explorar nuevos lugares. Ensimismado, no vio una alcantarilla destapada. Metió el pie. Se escurrió y descendió por el agujero. Tocó fondo. La oscuridad era casi total. Caminó por el túnel. Las paredes eran viscosas. Oía fuertemente a humedad. Tiritó de frío. Aquellos pasillos subterráneos eran un mundo inédito: diferentes texturas, formas, olores, sonidos. Cuando le ofrecieron ayuda desde el exterior para salir, la rechazó.

Gonzalo Auseré González

La Isla del Rey Centollo - ¡Existe! ... No es una leyenda, la isla existe... - Pero si nadie la ha visto. - ¡Mi bisabuelo!, ¡él estuvo allí!, está ahí detrás de esas islas..., él se lo contó a mi abuelo, y mi abuelo a mí. - ¿Ahí? Ahí solo hay mar... ¿Tú bisabuelo Benito, el pirata de Pontevedra? Jajaja... - ¡Sí, él! Es una isla que aparece cuando la mar se enfada y estás a punto de morir..., sale de la nada para rescatar a los marineros en peligro..., es una isla poblada de brujas y piratas, de meigas y lobos de mar... ¡De sus almas!... - Eso es mentira, que tontería. - ¡Es verdad!, ¡me lo contó mi abuelo!! Él también estuvo, llegó en el Karracucas, te rescatan, salvan tu vida..., y si tu alma es de pirata una meiga te cuidará hasta que amanezca y todo pase... - ¿Y si no? ¿Si tu alma no es de pirata? - Entonces te salvarás..., pero pasarás la noche con almas de otras brujas y piratas que no son de allí..., vivirás, pero la luna no te sonreirá y verás la muerte cara a cara..., aparecerán ríos de la nada..., vientos que no había y el suelo se hundirá a tus pies... - ¿Y por qué nadie vive allí? - Te echan. Cuando amaina la isla se sumerge y desaparece, solo algunas almas pueden vivir allí..., pero si has estado..., si has estado en la Isla del Rey Centollo ya eres parte de ella y no podrás olvidarla... Y si tu alma es de pirata o de meiga es allí donde va cuando mueres... - ¡Benito y Ulises!, ¡silencio y atended!, no sé qué será tan importante pero la clase no ha terminado... ¡Castigados sin recreo!...

Cristina Barrios Martínez

Dejo volar mi imaginación mientras espero sentado en uno de los parques más concurridos de la capital. Han pasado muchos años desde la última vez que la vi, eran otros tiempos, yo era solo un niño y ella la joven hija del capitán. Apenas podía creer que se hubiese salvado aquel día, ya que durante mucho tiempo pensé que había sido el único superviviente de la tragedia. Todavía estaba yo inmerso en la profundidad de mis pensamientos cuando, de repente, un estruendo me devuelve de golpe a la realidad. Un paseante cae fulminado, como a cámara lenta, a pocos metros de mí, por un disparo procedente de un vehículo que se había detenido bruscamente al otro lado del parque. Mis vetustos reflejos parecen volver a mi entre un torrente de adrenalina, mis oxidados músculos se desentumecen y enseguida me percató de que ese disparo estaba destinado a poner punto y final a mi búsqueda. De un único y vigoroso

salto recorro la distancia que me separa del olivo milenario que preside el parque, y utilizándolo como escudo, comienzo una desenfrenada huida hacia ninguna parte, mientras en la lejanía se escuchan los impactos de múltiples proyectiles sobre el viejo tronco. Tras varios minutos serpenteando peligrosamente por las callejuelas de la parte vieja de la ciudad, habiendo recorrido apenas unos cientos de metros, jadeante y a punto de desfallecer, siento como me fallan las fuerzas, las rodillas me tiemblan, noto que algo me pasa rozando el hombro derecho, recibo un impacto, luego otro, seguido de un dolor punzante en el muslo mientras me precipito irremediabilmente hacia la inconsciencia al mismo tiempo que una borrosa y familiar silueta femenina me tiende los brazos, a partir de ahí solo luz, penumbra, oscuridad, frio, silencio y ¿azul?.